

# CARLA

## O LAS MÚLTIPLES BREVES DECEPCIONES

---

NARRATIVA

5/12/2014

VLÁZQUEZ



Hay una chica, una mujer, que trabaja en un negocio de fotocopias. Lo que se conoce como una librería en varias partes del mundo y acá, en Argentina, sirve para lograr conquistas amorosas con tono inocente.

Ella labura casi todo el día y no la veo nunca, excepto cuando mi mente funciona a medias y mi despertador en la mesa de noche falla, lo cual hace darme cuenta de que me faltan todos los apuntes para la clase del día. ¿La excusa perfecta?

Armé una historia en torno a ella que no la conoce nadie, hasta hoy. Quizás esté leyendo esto ahora mismo y se identifique. En ese caso, Carla, te pido perdón por todas las cosas que pienso.

### **Y no hay nada peor que justificarse de algo que uno hace con amor.**

Anoche le hablé por primera vez, producto de que me animé a pedirle su dirección de Facebook. No recuerdo muy bien la jugarreta que empleé, al notar que las propuestas indirectas no rendían sus frutos. Eso da cuenta de lo diferente que es al resto.

Su nombre (eso de llamarla distinto o como a mí me parecía que debía llamarse era muy extraño, tonto, naif. Le decía... Sofía). Me contestó tardísimo, pero con una sorpresa que me resultó hasta sospechosa, como si quisiera sacar algo de mí. Algo que no tengo.

Recordé que tiempo atrás la había mirado sugestivamente, lascivamente, estúpidamente. No sabía si ella había notado ese brillo en mis ojos que denotaban la construcción de un mundo irreal en base a su belleza.

Inventé un castillo para ella y sus quinientos animales.

Contraté un jardinero feo, un cuidador de piscinas feo y otros menesteres. Todos más feos que yo, claro está. Me desconecté porque la ansiedad me persigue a todas partes.

Es curioso.

Me enamoré mil veces en mi cabeza.

Ella leía lo que yo le escribía en mensajes virtuales y caía rendida a mis pies. Después, como por arte de magia, quedábamos en salir a tomar algo y, casualmente, elegí su lugar favorito, pagué la cena y el champagne, como se debe.

Yo tenía auto.

El sexo fue maravilloso.

Un día determinado, casi como el "Día D" para mí, ella no asentía como antes ante cada estupidez que de mi boca salía. Ya no suspiraba cuando una foto mía veía, más vale decía: "qué cara de tonto". La intriga me perseguía.

El engaño que me propino es inmenso.

La caída libre que me proporciona esta inmadurez cuasi destrozada es interminable. Porque no sucede nunca nada y el final es horroroso. Como siempre me pasa. Como me va a pasar mañana cuando la vea pasando fotocopias y comience a hablar con ella sobre el pastel de carne que le cocinará a su hermano.

Mientras, por las noches, las inevitables diapositivas amorosas seguían floreciendo de mi recinto de recuerdos frescos: ella me invitó a pasar al probador. Yo dije "ni lo dudes", alimentando la perversión tan efusiva que me domina.

Carla no quería hacer el amor manifestando que jugar al límite aumentaba su excitación al máximo, sino que quería una opinión sincera, en vivo y en directo, sin tapujos, sobre cómo le quedaba el vestido.

Me puse a pensar en que, de última, el casamiento al que estábamos invitados no era de un pariente cercano, ni siquiera era de un amigo en común. A ver... creo que era un evento empresarial, no sé. También barajé la opción de que, por la noche, las siluetas suelen confundirse con el fondo, formando casi un cuadro impresionista curiosamente encajando con la aristocracia que asistiría a la velada.

La miré detenidamente.

Hice una lista de pros y contras, mentalmente.

Inútilmente, sacudí sus oídos con un piropo digno de una trompada masculina.

Con decepción, me devolvió una mirada fulminante que destruyó todo tipo de ilusiones. Otra vez estaba perdiendo en este juego que involucra obsesión, por un lado, y mi parte hipócrita por el otro. Lo siento, ella así lo requirió y no estaba dispuesta a ser sobornada. Quería una verdad que no podía desembocar en un final feliz. De hecho, yo ya lo había descartado cuando comprobé que la invitación era sólo con fines estéticos.

¿Cuán perdedor debo ser para salir perdiendo, incluso, en mi propia imaginación?  
¿Cuán derruido estará mi espíritu?

En fin, ella no compró el vestido. Se puso algo, no sin antes quejarse, que a su criterio "no encajaba con la onda del cóctel". Tampoco tuvimos sexo cuando volvimos a casa, ni esa jornada ni la noche de la celebración.

No importa. Porque mi obsesión ya me estaba disparando una duda existencial, de esas que me azotan cada vez que pasan este tipo de cosas: "¿Cómo se decía?  
¿Doble fax o doble faz? La mina de la fotocopidora no me va a dar pelota."

Llegamos tarde, como siempre. Mi cara se lo decía todo, pero ella quería confirmarlo a través de la voz: "estoy mal", le dije. Pasa que a mí me mata ver cómo ya todos han comprado sus pochoclos y están avanzando en la cola con la seguridad que les ofrece el ticket legal en su mano, cartera y/o bolsillo. Ellos ya están del otro lado, ya pueden mirar con desdén a los pobres diablos que ni siquiera rozamos el mostrador, sólo vemos ese mármol como algo inalcanzable.

Me acuerdo de Woody Allen y Annie Hall. Ella es parecida. Sobre todo porque no le importa entrar a la sala con la película por la mitad. De hecho, aprovecha todo este tiempo muerto para hablarme de sus problemas y de cómo yo no soy capaz ni puedo aspirar a entenderlos. Sin embargo, la historia es tan breve como la noche y, al amanecer, todo vuelve a acomodarse a su insulso lugar.

"Definitivamente voy a hablarle", me digo a mí mismo. Me refiero a la chica de las fotocopias. Que es de carne y hueso, mucho más que esta muñeca inflable llena de aire y de convicciones vacías que, encima, me hace ver un film horrendo que no tiene nada que ver conmigo. Pero sí con una buena noche de calor humano.

Su jefe le tira indirectas para que se dé cuenta que quiere todo con ella, pero no da pie con bola, por suerte. Sin embargo, para mí que soy un simple cliente y sólo puede atinar a robarle un emoticón sonriente por las siestas o las noches (horarios en los que coincidimos), es un puñal en los testículos. Porque ya la siento mía, propia, fugaz y eterna, compañera y peligrosa, insegura y picante.

En mi cabeza hemos pasado por todo tipo de crisis durante estos 3 meses que me acerqué. Y ella no se enteró de nada. Porque cuando quise arriesgarme divisé el fracaso en el horizonte. Y no estoy tan loco como digo estarlo ni como otros dicen que me ven.

La locura no es un estado de ánimo, no es un momento, no es una rabia ni una posibilidad de zafar, no es leer muchos libros en poco tiempo, no es sacar 15 exámenes finales consecutivos, no es mandarse a pasar todos los autos posibles hasta que la ruta ya no me lo permita. La locura no es tal.

Ya me gritó, aproximadamente, 10 veces: "Ey! ¡¿A color o blanco y negro, te dije?!"

Las estrategias que estuve diseñando para conquistar a Carla son interminables y desembocan en los desenlaces más absurdos y ridículos que la historia del amor haya conocido. Generalmente, participan seres de otra galaxia o inventados por mí, en un esfuerzo gigante por obtener reconocimiento (i)legítimo.

Espero que esté preparada.

"¿Qué decirte, Carla? Te esperé toda mi vida. Me golpearon tantas veces (o eso quiero creer). Me defraudaron en incontables situaciones (o eso me parece a mí, quizás el problema soy yo). Tiraron por el suelo mis opiniones y me basurearon. Pero llegaste vos. No sabés lo que recé para dar con tu figura..."

Dejate de joder. Si le llego a mandar eso me pega una patada en el culo... Voy a morir solo. Qué puedo esperar si sólo se hablar de mí mismo. Ni siquiera puedo corresponder en una charla de café, donde surgen los comentarios más insulsos respecto de lo que pasan los noticieros por la tele. ¿No entienden que no todo el mundo es susceptible a la mentira? ¿No les parece que todo sería muy lineal si no se encontraran con tarados pretenciosos como yo?

No sé qué hacer ya.

Estoy sentado frente a una hoja de papel que se siente antigua y se avergüenza cuando la saco. Pareciera ser que se da cuenta que por estos días ellas han quedado olvidadas para siempre. Me siento una mejor persona sabiendo que le estoy cambiando el destino trágico a un pedazo de celulosa procesada. Cuando la rozo con la punta del lápiz, estalla de emoción. Asimismo, cada vez que uso el borrador, se queja por mi maltrato, mi desprecio y no entiende los porqués de mi personalidad tan cambiante. Me aborrece. "Pero no puedo hacer nada", me digo una y otra vez.

Carla es, simplemente, el desafío que a mi vida vacía le faltaba. Es el súmmum de la conquista y el paradigma de la seducción. Es la definición de proyecto de vida que nunca había encontrado para responder ante las inminentes preguntas de perversos familiares en domingos de garúa. Es la mejor semilla de café que escapó a mi descuido hervor.

Y ese jueves a las seis y cuarenta y siete fui. Perdí. Literal y metafóricamente. Ingresé por la misma puerta de siempre, esperando el reconocimiento de mis pares que atrae la popularidad, para llenar ese vacío existencial que nos aqueja a todos, que es el bache más difícil de emparchar.

Pero nadie me levantó la mano. Es época de exámenes y ninguno de los que estaba en ese espacio pretendía verme la cara ni cruzarse conmigo. Ni siquiera me conocen.

Carla está atiborrada de trabajo y la rebalsan los problemas: se tuvo que mudar, tiene un hermano menor para mantener (al menos en cuanto a lo que es comidas), destina muchas horas de su tiempo al laburo y al estudio, dejándole escasos minutos para "uno mismo", es decir, actividades de ocio.

Yo escribo, qué sé yo.

Debe ser por eso que su mirada fue muy tímida, muy perdida en el medio del trajín de la jornada y los nervios ajenos.

Debe ser por eso que no se percató que me había afeitado, tenía el pelo bastante más prolijo que por estas horas y que había cambiado mi aspecto poco agradable, eligiendo una campera que dormía en el placar hacía varios meses.

Debe ser por todo eso que agobia a las personas y que las obliga a encerrarse en esa burbuja ficticia que todos sabemos muy bien de qué diámetro es y que no se rió del chiste que le hice a la señora de las golosinas.

Entonces digo que fui. Digo que perdí. Porque había esperado ese momento varias semanas atrás, asumiendo un rol ganador que nunca tuve y, si lo tuve, lo había perdido en ese instante junto con mi dignidad, mi pasión, mis ganas de crecer, de sentar cabeza.

Soy pasado.

Al menos por hoy, al menos hasta que vuelva a escribirle.

Eso significaría aceptar mi derrota y no estoy tan seguro de que mi orgullo esté de acuerdo con una estrategia que se elabora a sus espaldas, día tras día, noche tras noche, sueño tras sueño.

Imaginería total, Carla.

¡Perdón por todo, perdón por hacerte perder el tiempo con mis estupideces!

Voy a encerrarme a llorar, así no molesto a nadie más.

Fui.

Perdí para siempre.